

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

José Luis Romero y la noción de crisis cultural.

Canali Damián.

Cita:

Canali Damián (2013). *José Luis Romero y la noción de crisis cultural*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/755>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El temblor de la trama.

José Luís Romero y la noción de crisis cultural

Damián Canali

FFyL U.B.A

En el mapa que intenta reconstruir una trayectoria intelectual, ciertos conceptos hacen las veces de encrucijada, de punto de encuentro entre los diferentes derroteros de una reflexión. Al acercarnos a ellos, podemos advertirlos como espacios de coagulación y deslizamiento en los que ciertos sentidos se anudan y otros nuevos comienzan a emerger. En el escenario del campo intelectual argentino de la primera mitad del siglo XX, la figura de José Luís Romero, permite pensar estos contactos entre una determinada noción y un itinerario intelectual. En efecto, la noción de *crisis*, y más específicamente la de *crisis cultural* o *crisis de la cultura*, puede pensarse como un núcleo articulador, que, a través de los sentidos adquiridos al interior de la reflexión romeriana, refleja las transformaciones de un campo intelectual en el que las humanidades y las ciencias sociales comienzan a disputar su objeto y sus métodos.

En efecto, creemos que, la noción de crisis cultural, a la vez que lo ubica en el curso de una tradición al interior del campo intelectual argentino, permite apreciar como Romero tuerce la inercia de ese pensamiento. Para advertir este movimiento propondremos una lectura que distinga dos planos en el sentido que Romero le adjudica a la noción de crisis: uno de carácter axiológico, que lo ubica en la estela trazada por el arco liberal del campo intelectual; otro de carácter técnico y teórico que piensa la crisis como una categoría de análisis histórico objetivo y que le permite definir una posición propia al interior del campo. Para atender a estos contactos, en lo que sigue tomaremos en cuenta el lugar que la categoría de crisis ocupa tanto al interior de la teoría de la historia que Romero construye a lo largo de los años, como en la relectura de la historia argentina realizada a partir de esa teoría.

Los años 30: antecedentes de una lectura

Los inicios de la década del 30 representan un momento de ruptura en la vida de la Argentina moderna. Ruptura para la cual la noción de crisis devendrá en una clave de lectura recurrente para sus propios protagonistas. Si es verdad que esta percepción es coincidente con un conjunto de fenómenos económicos, políticos y culturales que colocan a nuestro país en sintonía con una serie de procesos internacionales (quiebre de las relaciones comerciales en el mercado internacional, cuestionamiento de la legitimidad de las democracias liberales como formas de gobierno, etc.), no es menos cierto que, a la hora de interpretarla, la crisis dio lugar a un importante dinamismo en el campo cultural. Aunque con distintos matices, en su conjunto

estas miradas proponen una lectura moral del fenómeno que puede entenderse a la luz de la vertiginosa desaceleración del proceso modernizador. En efecto, con el quiebre del modelo agro-exportador como esquema de desarrollo y distribución todas las voces parecen señalar el brusco despertar de un sueño de grandeza. Al interior del campo intelectual, las diferentes interpretaciones de la crisis se organizan en función de posicionamientos políticos que a la vez suponen y proponen una visión de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, desde el nacionalismo antiliberal, hasta las diversas posiciones a la izquierda del espectro político, las lecturas coinciden en un diagnóstico negativo. Por otra parte, estas lecturas suelen articular con diferente peso y en distintas proporciones dos formas reflexivas: el análisis histórico y el ensayo de interpretación. En este sentido, la producción del revisionismo histórico y la obra de Ezequiel Martínez Estrada se presentan como los dos exponentes más característicos de estos modos de reflexión. Una descripción de sus rasgos nos permitirá apreciar el derrotero de la meditación romeriana sobre la noción de crisis, especialmente en lo que respecta a su posicionamiento ante los métodos para pensar lo social.

En el caso del análisis histórico, el revisionismo despliega una matriz interpretativa dentro de la cual la historia deviene un instrumento para develar los interrogantes de la realidad política. Esta indagación es doble ya que, a la vez que busca encontrar en el pasado lo que considera el punto de desvío del destino nacional, pretende señalar la falsificación del relato histórico oficial, escrito por quienes han vencido y detentan el poder. Desde un nacionalismo elitista y conservador que pone en la soberanía nacional el valor político fundamental, el revisionismo se posiciona contra el individualismo liberal y señala el carácter moral de la crisis en tanto afecta los valores de una clase dirigente que ha perdido sus rasgos aristocráticos para devenir en una mera oligarquía que antepone sus intereses sobre los de la nación. En su mirada retrospectiva, el revisionismo ya no focaliza sobre lo que considera una elite letrada que se abstrae de la realidad concreta, sino sobre ciertos hombres de saber práctico (cuya figura más representativa será Juan Manuel de Rosas) capaces de establecer una correcta relación entre las clases dirigentes y el pueblo. De esta manera, al localizar en la oligarquía el sujeto histórico de su análisis, el revisionismo ubica en la política el factor a partir del cual narrar la historia develada y convierte así a la historiografía en una forma de la política¹. Su posicionamiento ante la crisis implica entonces criticar una elite desde otra elite y proponer una nueva clase dirigente que a través de un liderazgo fuerte que concite la adhesión jerarquizada y subordinada de las masas.

Por su parte, con la aparición en 1933 de *Radiografía de la pampa*, Ezequiel Martínez Estrada se ubicará como el exponente más fiel del ensayo de interpretación en el que se interrogará sobre la identidad y el destino de una sociedad que parece haber perdido el rumbo.

¹ TERÁN, O., “La cultura intelectual en la década de 1930” en *Historia de las ideas en Argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 2008, 253-54.

La lectura de la crisis tendrá también aquí un carácter moral que, desde una perspectiva ontológica, señalará las permanentes distancias entre las diferentes estructuras culturales y las fuerzas telúricas a las que éstas pretenden informar. Estas estructuras vacías, su permanente alejamiento respecto de una realidad originaria, le otorgan a las diferentes formaciones culturales un carácter ficticio e hipócrita. Para presentar esta distancia, las herramientas discursivas propias del género le permiten a Martínez Estrada (en consonancia con las reacciones antipositivistas del periodo) operar intuitivamente confiando en la potencia de la conciencia para captar la realidad. El radiógrafo no es ya un técnico, sino un vate, un poeta que no argumenta mediante el aporte de pruebas fácticas o la constatación deductiva de una hipótesis, sino a través de la construcción de imágenes que transmitan al lector las intuiciones del ensayista en tanto intérprete del ser nacional. El llamado “intuicionismo telúrico” de Martínez Estrada se despliega y se presenta, como ha señalado Oscar Terán², mediante tres estrategias: la deshistorización, en tanto los fenómenos de la esencia argentina son presentados como estructuras naturales, estratos geológicos que se superponen unos sobre otros en el mismo suelo; una enunciación aforística, que no admite discusión ni polémica y una acumulación de frases breves y taxativas que saturan de sentido los objetos y las situaciones descriptas. La pertinencia de estas estrategias y su efecto de verosimilitud, dan cuenta de la necesidad presente en el conjunto de la sociedad por atender a un discurso que expresara sus inquietudes y sus interrogantes más profundos

Ahora bien, ¿cuál fue el posicionamiento de Romero frente a estos antecedentes? Si bien es verdad que su reflexión historiográfica no se refiere de manera explícita al revisionismo, creemos que la posible postura de Romero puede inferirse a partir de la reconstrucción de los contactos entre el revisionismo y la historiografía académica de la Nueva Escuela Histórica, a la que sí se refiere Romero. En efecto, como ha señalado Alejandro Cattaruzza³, una mirada más cercana sobre los derroteros institucionales de los miembros del revisionismo permite problematizar la imagen de un grupo monolítico y homogéneo. La diversidad de posiciones dentro del movimiento, así como las vinculaciones con la esfera política, disuelven la visión del revisionismo como un movimiento disruptivo y marginal. En efecto, sus miembros contaban con elementos de legitimación dentro del campo intelectual como premios, reconocimientos de otras instituciones o apellidos prestigiosos que los relacionaban con el poder. Pero acaso los elementos más significativos para pensar los puntos de contacto con la Nueva Escuela, tengan que ver con la función social atribuida al quehacer historiográfico y las herramientas metodológicas para llevarla a cabo. En ambas posiciones se trataba siempre de encontrar las

² Op. Cit. Pp.246

³ Véase al respecto A. CATTARUZZA, “El revisionismo, itinerario de cuatro décadas” en A. CATTARUZZA y A. EUJANIAN, *Políticas de la historia*, Bs As., Alianza, 2003, pp. 145-182 y “La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras” en A. CATTARUZZA y A. EUJANIAN, *Políticas de la historia*, Bs As., Alianza, 2003, pp. 103-143.

raíces de la nacionalidad a través de una exhaustiva y meticulosa exégesis documental. Acaso estas coincidencias permitan ubicar a ambas posiciones dentro de lo que Romero denominará *historia erudita* y que, como veremos, deberá subsumirse bajo el concepto más amplio de historia cultural.

A diferencia del revisionismo, con el que los contactos parecen ser más diagonales e indirectos, Martínez Estrada constituye para Romero una referencia explícita que lo vincula con la tradición ensayística que se remonta hasta la generación del '37. Así, el autor de *Radiografía de la pampa* será para Romero un intérprete de la crisis a través de una renovación de la exégesis decimonónica.⁴ Ahora bien, a pesar de estos contactos Romero no dejará de plantear ciertas distancias a la hora de construir su propia lectura de la realidad argentina. Para apreciar unos y otras conviene tener presente los supuestos teóricos compartidos. En ese horizonte común, la figura de George Simmel aporta las herramientas para una lectura de la realidad social. Ya en un texto de 1914, "El conflicto de la cultura moderna" Simmel escribe:

El cambio permanente de los contenidos culturales, en definitiva, de cada estilo cultural como un todo, es la constatación, o antes bien, el éxito de la fecundidad inextinguible de la vida, pero también de la profunda contradicción entre el flujo eterno de la vida y la validez y autenticidad de las formas objetivas en las que inhabita la vida. Esta se mueve perpetuamente entre muerte y resurgimiento, entre resurgimiento y muerte.⁵

Como podemos advertir, se encuentran aquí los componentes que serán retomados por Martínez Estrada para el señalamiento de las pseudoestructuras de la realidad social argentina. Por su parte, Romero puede también adscribir a esta cita en tanto reconoce las distancias entre los contenidos internos y las formas externas de la realidad sociocultural⁶. Sin embargo, las diferencias con la interpretación de Martínez Estrada, y la tradición en la que éste se inscribe, aparecerán al tratar de conectar esa lectura con las circunstancias históricas desde las cuales se la realiza. El mismo Romero señalará esta situación y sentará una posición respecto de la tradición ensayística con la que se vincula:

"En lugar de partir de la realidad misma tal como nos la presenta nuestra propia experiencia, y sin prejuizar acerca de su continuidad y su coherencia, nos esforzamos por dejar sentado como un dato indiscutible que esa realidad es continua y coherente y preferimos realizar una minuciosa labor exegética sobre los datos de nuestra tradición, en lugar de

⁴ Véase al respecto, Romero, J L "Martínez Estrada, un renovador de la exégesis sarmientina" publicado originalmente en *Cuadernos americanos*, México, 1947 y "Martínez Estrada, un hombre de la crisis" publicado en el diario *Clarín* en agosto de 1975. Ambos recopilados en *La experiencia argentina y otros ensayos*, Bs As., Taurus 2004, pp. 334-359.

⁵ SIMMEL, G. "El conflicto de la cultura moderna", en *Revista REIS*, n° 89 pp. 316.

⁶ Ya en un texto de 1936, "La formación histórica", Romero retoma las ideas de Simmel, para criticar las visiones decadentistas de la crisis propuestas por figuras como Valery, Ortega o Spengler y separarse de lo que denomina el realismo ingenuo historiográfico, es decir, la anacrónica universalización de las propias circunstancias históricas.

sumergirnos sobre los datos inmediatos que se nos presentan por todas partes. (...)

“Nadie discute el valor de Echeverría, Alberdi, Sarmiento o Mitre, como testimonios o como intérpretes de su tiempo. Pero hay fundados motivos para suponer que no conservan el mismo valor frente al nuestro y todo parece aconsejar un uso prudente de sus interpretaciones. Porque la realidad es diferente y no sólo desde el punto de vista cuantitativo, sino también desde el punto de vista cualitativo, esto es, respecto a su naturaleza interior.⁷

Esa “realidad diferente” que circunda la lectura romeriana, y que impone prudentes distancias con las interpretaciones consagradas, estará dada por las transformaciones culturales que son resultado de la inmigración masiva de finales del siglo XIX y principios del XX. De esta manera, Romero parece extraer ciertas consecuencias metodológicas de la distinción entre forma y contenido planteada por Simmel. El acento no parece estar dado, como podría ocurrir en el caso de Martínez Estrada, en el señalamiento de un desfase como síntoma de decadencia, sino en atender a los ritmos de ese movimiento perpetuo entre muerte y resurgimiento de distintas formas culturales al interior del desarrollo histórico de una sociedad. Para atender a lo viejo que permanece y a lo nuevo que emerge, la noción de crisis devendrá una clave de lectura insoslayable. Para comprender el lugar que esta noción adquiere en la reflexión sobre la realidad argentina, será necesario atender en principio a su posición en la teoría de la historia elaborada por Romero.

Sobre el oficio del historiador.

Acaso uno de los aspectos más interesantes de la producción de José Luis Romero como historiador esté dado por una constante reflexión sobre su propio oficio⁸. Una preocupación teórica que durante casi cuarenta años acompañó con lucidez el trabajo sobre temas y periodos específicos. A lo largo del arco descrito por esa reflexión, los diferentes conceptos pulen sus aristas para articularse en torno a una serie de temas centrales. En el siguiente fragmento, que podemos considerar como temprano, aparecen ya algunas líneas esenciales a este pensamiento:

El sentido de una época o de una cultura puede presentarse diversamente y hasta ofrecer, a veces, formas contradictorias, pero está dado siempre por la tendencia hacia la realización de una determinada concepción de la vida (...). Es pues el análisis de la perduración o de la crisis de esa concepción de

⁷ ROMERO, J. L., “Argentina, imágenes y perspectivas” publicado originalmente en *Liberalis* n°2 julio-agosto de 1949, incluido en *La experiencia argentina y otros ensayos*. Ed. Cit. Pp.64-65.

⁸ La figura de José Luis Romero ha sido abordada desde diferentes ángulos y perspectivas, tanto sea desde un punto de vista metodológico e institucional, al señalarlo como el promotor de la renovación historiográfica de los años 60 (Devoto 1995, 2006; Spinelli 2006, Pagano y Devoto 2008), desde la posición ocupada en el campo intelectual de mediados de los años 50 (Terán 1988, 1991, Acha 1995), o desde una mirada que reconstruye su biografía político- intelectual (Acha 2006), o sus categorías de análisis para la historia argentina (Altamirano 2005).

la vida lo que coloca al historiador en el primer tramo de la certidumbre sobre el sentido del presente.⁹

Romero escribió estas palabras en 1939, en un artículo destinado a discutir la exclusiva vinculación del quehacer historiográfico con el estudio del pasado. Vemos ya aquí la preocupación por el presente como uno de los signos característicos de su concepción de la historia y del oficio del historiador, acompañada de otras nociones como la de sentido de una época o una cultura, la de una concepción de la vida o cosmovisión (*weltaunschung*) y también la de la crisis de esa cosmovisión. Si bien estos temas aparecen de manera explícita y acabada en los últimos años de su producción¹⁰, entre principios y mediados de los años cincuenta puede advertirse la madurez de ciertas ideas que producciones posteriores contribuirán a sintetizar. Esto ocurre precisamente con las nociones de *vida histórica* y de *historicidad* del pensamiento histórico. En las líneas que siguen trataremos de precisar el estado de estos conceptos y sus relaciones para el periodo estudiado como, en la medida de lo posible, el derrotero seguido en su formulación.

La noción de *vida histórica* abarca en Romero el conjunto de las prácticas que los actores sociales desarrollan de manera conciente al interior de una formación sociocultural¹¹. Estos actores, que Romero llamará “sujetos históricos”, podrán ser tanto individuales como colectivos. Contra lo que una perspectiva acaso demasiado ingenua podría prever, la vida histórica, en tanto que objeto del trabajo historiográfico, no se confina al tiempo pasado (“vida histórica vivida”) sino que alcanza el presente (“vida histórica viviente”) y abarca incluso proyecciones futuras. En estos primeros rasgos podemos apreciar ya una determinada concepción de lo histórico que, como vemos, sigue las líneas de la formulación simmeliana. Esta concepción pondrá el acento en el cambio y la transformación y considerará la historia como un devenir en cuyo transcurso el presente se engarza.

Ahora bien, la vida histórica requiere ser apreciada en toda su complejidad y para ello deberá atenderse al juego de relaciones que se da entre los actos realizados por los diferentes actores sociales y los intereses y valores que cada uno de ellos posee. Para ello, Romero propondrá una distinción analítica entre los elementos que conforman la vida histórica. Estos se agruparán, por un lado, en un *orden fáctico* y, por otro, en un *orden potencial*. El orden fáctico se compone de todos los hechos y acciones (simultáneas o sucesivas) llevadas adelante por los sujetos históricos. No se trata de un orden racional (en tanto sus componentes no mantienen

⁹ ROMERO, J. L., “Sobre la provisión histórica” publicado originalmente en *Nosotros*, n° 42-43, septiembre octubre de 1939, reeditado como “La provisión histórica” en *La vida histórica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

¹⁰ Véase por ejemplo, “El hombre y el pasado” texto de 1975 que originalmente fue pronunciado por Romero como discurso con motivo de cumplirse los veinticinco años como miembro de la Academia Nacional de Ciencias. Reeditado en *La vida histórica*, Ed. Cit. Pp. 20-24.

¹¹ ROMERO, J. L., “Reflexiones sobre la historia de la cultura” publicado originalmente en *Imago Mundi*, n° 1, 1953, reeditado en *La vida histórica*, Ed. Cit. Pp. 121-130.

entre sí relaciones causales unívocas y regulares) sino “transaccional”¹², en tanto los elementos de la vida histórica son acumulativos y se acomodan los unos a los otros. A su vez, los hechos pueden ser precisos, cuando su inicio y su fin pueden establecerse con seguridad (como una batalla, una elección) o difusos, cuando sus contornos son más vagos (como, por ejemplo, la formación de un grupo social). Unos y otros, conforman los diferentes planos (político, social, económico) en los que se organiza el orden fáctico¹³. Por su parte, el orden potencial es de carácter racional e intelectual. En él se encuentran las representaciones del orden fáctico que producen los sujetos históricos. Es la reelaboración consciente de estas representaciones la que dará lugar a un conjunto de ideas e ideales que constituyen una cierta “concepción de la vida”.

Esta distinción entre orden fáctico y orden potencial es, como dijimos, puramente analítica, es decir, corresponde al trabajo de investigación del historiador. Pero este trabajo, por supuesto, no culmina en esta diferenciación, sino que si se propone acceder al sentido de la realidad histórica, debe concebirla dinámicamente. Y este dinamismo estriba en la constante interferencia entre ambos órdenes. A cada hecho corresponde una representación y los sujetos históricos cotejan ambas instancias permanentemente. De modo tal que el acceso al sentido de una época no se juega tan sólo en la determinación ordenada de sus hechos y sus relaciones recíprocas, sino que involucra también la significación que esos hechos han tenido para aquellos que, mediata o inmediatamente, fueron afectados por ellos. De esta manera, al preocuparse por las representaciones, Romero se separa de una tradición historiográfica de corte empirista y, en la estela de Dilthey y Rikkert, recupera la complejidad de la realidad humana como objeto de un conocimiento específico, no equiparable al de las ciencias naturales. Como veremos enseguida, esta perspectiva supondrá implicaciones metodológicas y una determinada concepción de la obra historiográfica.

En el marco de la concepción de la historia como devenir y proceso de transformación y cambio, el primer rasgo del pensamiento histórico, como parte de este conocimiento sobre la realidad humana, será su *historicidad*¹⁴. Es decir, la inmersión de todo historiador en sus circunstancias coyunturales, entendidas como el punto en el que convergen todas las líneas de la vida histórica (la pasada y la presente). Ante esta situación, y las consiguientes dificultades para el establecimiento de la objetividad, Romero distinguirá dos momentos en la metodología del historiador: la etapa heurística, vinculada con la recolección del dato empírico; y la posterior etapa hermenéutica, dada por el momento de la interpretación. En esta segunda instancia, la

¹² Op. Cit. Pp. 123

¹³ En este sentido, Romero sostiene que cada uno de estos planos puede presentar con mayor proporción alguno de estos tipos de hechos. Sin embargo, que la percepción de los hechos difusos sea más compleja solo da cuenta del tipo de conocimiento que puede tenerse de ellos, no de su significación intrínseca. Op.Cit. . pp. 124

¹⁴ ROMERO, J. L, “la historicidad del pensamiento histórico” publicado originalmente como la introducción de *De Heródoto a Polibio. El pensamiento historiográfico de la cultura griega*, Colección Austral. Espasa-Calpe. 1952,reeditado en *La vida histórica*, Ed. Cit. PP. 77.89

objetividad se juega en la conciencia de la dirección que se imprime a la interpretación, en el reconocimiento del punto de vista desde donde se escribe.

De esta manera, el conocimiento histórico va más allá del mero saber erudito. A la hora de apreciar las dotes de una obra para determinar sus cualidades historiográficas, será necesario entonces tener en cuenta, por una parte, la concepción de la vida histórica presente en la obra; a su vez, se debe considerar la capacidad de la obra para la comprensión de lo individual histórico, aquello que se da una sola vez y es de carácter irrecuperable; finalmente deberá atenderse, por supuesto, a los contenidos de erudición y a los instrumentos metodológicos utilizados por el historiador, pero sin perder de vista las relaciones que mantienen con su entorno cultural.

Pero ¿qué lugar ocupa la noción de crisis dentro de esta concepción historiográfica? Ya desde 1943, este concepto tendrá un lugar privilegiado en la reflexión de Romero¹⁵. A través de ella puede apreciarse tanto la historicidad del pensamiento de un historiador y la conciencia de los sujetos históricos, así como las articulaciones entre el orden fáctico y el orden potencial que se dan al interior de una formación cultural. Para delinear su concepción de las crisis históricas, Romero comenzará por distanciarse de toda concepción decadentista que supone pensar la crisis como el debilitamiento y la desaparición de una cultura considerada originaria a manos de elementos nuevos. Las reservas de Romero obedecen a que esta perspectiva supone una representación organicista de la sociedad y trabaja con una visión demasiado lineal del devenir histórico. Ahora bien, desde la concepción romeriana de la cultura y las sociedades como estructuras complejas, si las crisis suponen una novedad en el desarrollo de una formación social, no son por ello algo excepcional. Antes bien constituyen, según Romero, una situación latente al interior de toda cultura. En efecto, si se entiende una cultura como la integración de grupos o subgrupos sociales (cada uno con sus creencias y valores, con sus ideales y sus tendencias) al interior de un complejo coherente, es de esperarse que se dé entre ellos una tensión que oscile entre el equilibrio y la inestabilidad. En el primer caso, las diferentes posiciones equidistan de un *ethos* en el que “la totalidad de la comunidad participa de lo ideales comunes en tanto que cada grupo realiza los suyos propios al interior de la estructura general”¹⁶. En momentos de desequilibrio, en cambio, la disolución de ese *ethos* puede darse por diferentes vías: el desarrollo de los valores de un grupo por sobre los de la comunidad, la tendencia a la disolución de los valores de un grupo o el contacto con elementos exógenos. En este contexto, entonces, y teniendo en cuenta las distancias que Romero marca con una perspectiva decadentista, una crisis consistiría en una mutación y una transformación en la que, a la par que

¹⁵ Véase ROMERO, J. L., “Crisis y salvación de la ciencia histórica” publicado originalmente en *De mar a mar*, nº 5, 1943, reeditado en *La vida histórica*, Ed. Cit. Pp.33-40, y también “las concepciones historiográficas y las crisis” publicado originalmente en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tercera época, año 1, nº3, julio-septiembre 1943, reeditado en *La vida histórica*, Ed. Cit. Pp.90-99

¹⁶ Op. Cit. Pp.93

se desarrollan elementos endógenos, se captan elementos nuevos para producir finalmente una transformación del todo en un nuevo orden y con un nuevo sistema de valores. En relación con el complejo entramado de la vida histórica, las crisis pueden tener diferente extensión o alcance: pueden ser particulares, cuando afectan a algunos planos de la estructura (política, económica, social) o pueden ser generales, cuando atraviesan todos los planos de la vida histórica. Pero más allá de sus alcances, las crisis se distinguen por sus resultados, los que pueden indicar una afirmación de los propios principios, cuando “se adquiere conciencia de los valores comunes y se estrecha filas frente a grupos o sectores que pretenden alterar la formación cultural”¹⁷ o bien de reelaboración, cuando lo común no puede detener la irrupción de nuevos ideales. Estos últimos casos se caracterizan por la aparición del espíritu de facción que sobrestima los valores del propio grupo.

De esta manera, los diferentes matices de la noción de crisis brindan a Romero una herramienta para el análisis historiográfico al interior de la concepción de la historia planteada por Simmel. La noción de crisis ofrece a la articulación entre las diferentes categorías historiográficas (*vida histórica, orden fáctico, orden potencial, historicidad*) un dinamismo y una fluidez que permite conectar el pasado que es objeto del quehacer historiográfico con el presente desde donde se lo realiza.

El encuentro entre estas reflexiones teóricas y metodológicas con el posicionamiento de Romero ante la tradición del pensamiento social argentino, darán como resultado una lectura propia de la realidad nacional. En 1947, con la aparición de *Las ideas políticas en Argentina* Romero presentará una matriz de lectura para la historia argentina que permanecerá constante durante toda su vida y a la que sucesivos textos (incluidas las diversas reediciones de esta misma obra) agregarán matices y precisiones. Un recorrido por este derrotero nos permitirá apreciar tanto la coherencia de Romero en la aplicación de sus categorías como la emergencia de los rasgos esenciales de lo que creemos será una nueva perspectiva para pensar la realidad social argentina.

Para una historia argentina

¿Cómo se articulan estas nociones en la escritura de una historia argentina? O, dicho de otra manera ¿qué significa la *historia* argentina desde estas coordenadas conceptuales? Una mirada sobre *Las ideas políticas...* acaso nos brinde algunos indicios.

Las ideas políticas en Argentina es una obra que se construye a lo largo de tres décadas. Este proceso, jalonado por sus tres ediciones (1946, 1956, 1975) puede dividirse en dos grandes momentos: un núcleo inicial, constituido por la primera edición, y, por otra parte, los capítulos

¹⁷ Op. Cit. Pp.94

agregados en las dos últimas. La primera edición, que concluye con el capítulo dedicado a los gobiernos radicales del primer tercio del Siglo XX (y que Romero ubica bajo lo que denomina “la línea de la democracia popular”), sienta la estructura de análisis de la obra. En ella, si bien Romero vuelve sobre un tema común en la historiografía argentina, la historia política, el punto de vista histórico cultural permitirá una lectura sintética de los procesos históricos en la que se articularán tanto hechos como representaciones. En efecto, las diferentes posiciones políticas se recortan sobre un entramado de procesos económicos, transformaciones sociales y, sobre todo, la construcción de las visiones del mundo de los actores involucrados. Por otra parte, la segunda y la tercera edición de la obra se dedican a pensar la inmediata coyuntura y parecen una muestra cabal de aquello que Romero denominó la *historicidad* del pensamiento histórico. En 1956, el capítulo denominado “La línea del fascismo” abordará el periodo que se extiende desde la década del 30 hasta la finalización del primero peronismo, mientras que en 1975 el capítulo intitulado “En busca de una fórmula supletoria” recorrerá el periodo abierto con la llamada Revolución Libertadora.

Es sabido que para Romero esta obra constituye una síntesis a partir de materiales previos y ajenos¹⁸. Si bien esta perspectiva sintética y panorámica puede considerarse como un corolario natural de las coordenadas metodológicas planteadas por la historia de la cultura (la articulación de los diferentes planos de la vida histórica, la adopción de una periodización que, en una escala adaptada a la historia argentina, puede pensarse como de larga duración), es claro que la innovación de Romero se aprecia en una particular periodización que da cuenta de los cambios en distintas formas de mentalidad¹⁹: la *era colonial*, la *era criolla* y la *era aluvial*, los tres grandes momentos de la historia argentina, designan conjuntos socioculturales en los que se relacionan modos de vida y concepciones del mundo. En este sentido, entonces, lo político es entendido “no solamente en cuanto es idea pura, sino también -y acaso más- en cuanto es conciencia de una actitud y motor de una conducta”²⁰

Llegados a este punto las preguntas se nos imponen: ¿En qué consiste, pues, esta sucesión?, ¿cuáles son los rasgos que se solapan y sedimentan en el desarrollo de la vida histórica argentina? ¿Qué aportes puede ofrecer la noción de crisis para la comprensión de este proceso?

¹⁸ ROMERO, J. L., *Las ideas políticas en Argentina*, Bs As, FCE 2008 pp. 8

¹⁹ Una definición explícita de la noción de mentalidad puede encontrarse en *Estudio de la mentalidad burguesa*, un texto publicado póstumamente y basado en los apuntes de un seminario dictado por Romero. En ese texto la mentalidad de un grupo es considerada como algo que “primero se vive y luego puede ser objetivado. Constituye un sistema de ideas operativas, de ideas que mandan, que resuelven, que inspiran reacciones. Son también ideas valorativas y normativas, condicionantes de los juicios de valor sobre las conductas” (ROMERO, J. L., *Estudio de la mentalidad burguesa*, Bs As. Alianza, 1999, pp16)

²⁰ Op. Cit. pp.9

La crisis como clave de lectura

Entre enero y febrero de 1956, algunos meses después del derrocamiento del primer peronismo y durante el gobierno de la llamada “Revolución Libertadora”, veía la luz el último número de la revista *Imago Mundi*, dirigida por José Luís Romero. Desde 1953, la revista se había convertido en un espacio en el que se daban cita diferentes intelectuales alejados del ámbito académico. La publicación se insertaba de esta manera dentro de una red institucional que junto a otras revistas, (Como *Sur*, *Cursos y conferencias*), centros de estudio e investigación (como el Colegio Libre de Estudios Superiores) y editoriales (como Losada, Paidós o el Fondo de Cultura Económica) conformaban el ámbito de lo que Silvia Sigal ha denominado la “autoorganización intelectual”. Espacios tanto de desarrollo intelectual y profesional como de subsistencia material, estos ámbitos pueden pensarse como la expresión de los contactos entre el campo político y el cultural. En efecto, si esta organización será resultado de las interferencias entre lo político y lo cultural (y en alguna medida puede pensarse como un gesto que busca conservar la autonomía intelectual, gesto que puede apreciarse, por ejemplo, en la confianza que sus participantes conservan de retornar a los espacios estatales), poco a poco las opciones culturales se irán entrelazando con diferentes objetivos políticos.

Ese último número de la revista fue dedicada a la “crisis contemporánea” y en ellas se congregan una pluralidad de nombres que ocupan distintas posiciones dentro del campo cultural. Al recorrer el elenco convocado para ese último número, se advierte la coincidencia de dos generaciones intelectuales. Un encuentro en el que las orientaciones políticas entrelazan y jalonan las diferentes lecturas sobre la crisis. Entre los mayores, se encuentran miembros del exilio antifacista: Renato Treves. Francisco Ayala y Gino Germani. Junto a ellos, y dentro del mismo arco generacional, la figura de los hermanos Romero, adquirirá, sobre los más jóvenes, un carácter tutelar. En este segundo grupo, aparecen nombres como los de Tulio Halperin Donghi, Gustavo Beyhaut, José Babini o León Rozitchner. Aunque sus derroteros político-intelectuales adquirirán con los años orientaciones diferentes, en esta etapa los convoca una oposición común a cualquier tipo de totalitarismo y que en esa precisa coyuntura se focaliza en la emergencia del peronismo, leído a la luz de la experiencia de posguerra como la encarnación vernácula del fascismo.

El tema propuesto para este último número, la *crisis de la cultura*, es abordado desde posiciones diferentes y vinculado con diferentes temas: crisis del derecho, de la educación, de la opinión pública, de la democracia como sistema político. El hilo conductor que hilvana los diferentes artículos parece ser el señalamiento de la crisis de una serie de rasgos de la sociedad liberal. El ascenso de la sociedad de masas, como fenómeno contemporáneo, es percibido como una amenaza contra los derechos individuales. Frente a ese fenómeno, las alternativas políticas

parecen jugarse entre alguna forma de totalitarismo o bien la llamada planificación democrática.²¹

La coincidencia entre la aparición del último número de *Imago Mundi* y la segunda edición de *Las ideas políticas en la Argentina*, nos convoca a pensar sobre el papel que desempeña el concepto de crisis en la reflexión romeriana sobre la realidad argentina. En efecto, como hemos dicho más arriba, en esta segunda edición se profundiza la reflexión sobre la era aluvial con la incorporación de un capítulo en el que se analiza *la línea del fascismo* y que tiene como eje central el primer gobierno peronista. Se trataría entonces, con más precisión, de ver como la noción de crisis permite articular los distintos momentos del periodo aluvial, central para la perspectiva de Romero ya que en él se cifra la comprensión de la Argentina contemporánea. Lo que en 1956 se describe como crisis ¿es un caso más al interior de un proceso que hunde sus raíces en las últimas dos décadas del siglo XIX?; si la crisis es un componente estructural al interior del análisis histórico romeriano, cuáles de los diferentes tipos de crisis pueden identificarse al interior de la era aluvial. Abordar estos interrogantes supone recorrer los contactos entre los dos componentes de la vida histórica: el plano fáctico y el plano potencial. En el caso argentino, y para la era aluvial, esto implica conectar una serie de acontecimientos, políticos, económicos y sociales con una serie de representaciones, visiones del mundo y mentalidades.

Romero comienza por señalar los procesos económicos y políticos que enmarcan las representaciones de los distintos actores sociales. Se produce así una profunda transformación económica fruto de la confluencia entre el crecimiento demográfico, como resultado de la inmigración masiva, y el desarrollo de la riqueza en sus diferentes formas (ganadería, industria, comercio exterior y aumento del crédito)²². Por su parte, los procesos políticos que a la vez acompañan y jalonan esta transformación se articulan en tres líneas que se suceden pero no por eso se anulan mutuamente, o se abandonan por completo: la *línea del liberalismo conservador*, la *línea de la democracia popular*, y la *línea del fascismo*. El entrelazamiento entre ellas, tiene como trasfondo el proceso de transformación del sistema de partidos.²³ La irrupción en escena del partido de masas como medio de participación electoral pondrá en cuestión la legitimidad del partido de notables como forma de asociación política²⁴.

²¹ Ya en un artículo de 1946, reeditado precisamente en 1956 como parte *La sociología científica*, "Sociología y planificación", Gino Germani sostenía que la noción de *planificación* supone "dado el conocimiento de ciertos fines, la disposición de los medios y los procedimientos más adecuados para alcanzarlos y, por lo tanto, el cálculo previo y previsión de los efectos y las repercusiones que estos impliquen (...). La planificación como una forma de racionalidad instrumental que consiste en la , adecuación de los medios a los fines" Véase, BLANCO A (Comp.) *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología* Bs As. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal 2006, pp.109-10

²² ROMERO, J. L., *Las ideas políticas en la Argentina*, Ed. Cit. Pp 174-179

²³ Véase al respecto PERSELLO. A, V. "Acerca de los partidos políticos" en *Anuario IEHS* 15, 2000, pp. 239- 266

²⁴ Compuesto por miembros de las elites tradicionales, el partido de notables prioriza la calidad sobre la cantidad y no tiene una estructura vertical ni una organización permanente, sino que se origina al interior

En el marco de ese proceso de transición institucional, el *liberalismo conservador* articula las transformaciones materiales impuestas por el liberalismo económico, con las prácticas políticas de una oligarquía que ve amenazada sus posiciones de privilegio y que busca escapar al proceso de renovación que es resultado de sus propias iniciativas. En este sentido, podría pensarse que ese liberalismo no es solo conservador, sino incluso tradicional, en tanto continúa las formas de los hombres de la organización nacional. Pero ese liberalismo no es innovador sólo en lo económico, sino también en la preocupación por la transformación de la estructura jurídica del Estado mediante una legislación laica que le asigna el rol protagónico como agente de la modernización. Ese proceso, que entró en tensión con una serie de gestos que buscaban preservar los privilegios políticos de la oligarquía terrateniente, paulatinamente abrirá el juego hacia el despliegue de la *democracia popular*.

Con la conformación de la Unión Cívica Radical y el Partido Socialista como modernos partidos de masas, se vehiculiza, a principios del Siglo XX, las aspiraciones de participación política de los amplios sectores sociales que emergen del proceso de modernización iniciado por las elites. De esta manera, el desarrollo de la *democracia popular*, a partir de la sanción de la ley Saénz Peña, tendrá como objetivo construir un régimen electoral competitivo que reemplace un gobierno de electores con control de sucesión, por un sistema de partidos como canalizadores de la demanda política a través de elecciones periódicas. Sin embargo, los gobiernos radicales no encontraron formas institucionales de resolución de conflictos ampliando los espacios de representación y de discusión. El trasfondo político que subyace a estas tensiones institucionales será el problema de la negación del otro como un interlocutor legítimo. En efecto, ante la vocación hegemónica de la oligarquía que pretende avanzar sobre las normas establecidas, la oposición se hará fuerte en el reclamo del imperio de la ley.²⁵ Ese problema permanecerá latente y llevará a la aparición de la *línea del fascismo*.

La reacción frente a la democracia popular estará dada por un nacionalismo tensionado entre un fascismo incipiente de insinuaciones corporativistas y una democracia meramente formal que busca contener a las mayorías mediante prácticas fraudulentas. Lo que se juega en esa tensión, son, según Romero, dos representaciones de la sociedad. Por un lado, una visión

de la coyuntura parlamentaria mediante una cohesión de tipo horizontal. El partido de masas, por el contrario, se organiza de manera federativa y descentralizada y posee una estructura permanente en torno a principios que trascienden los sujetos y le dan un carácter impersonal. Véase PERSELLO. Óp. Cit. pp. 249- 252

²⁵ En ese marco, la escena política se verá cruzada por una serie de acusaciones recíprocas. Así, mientras las UCR se percibe a sí misma como la encarnación el pueblo, será acusada por los conservadores por su ausencia de programa su carácter personalista y el carácter de apostolado que reclama a sus miembros. Por su parte, los radicales señalarán a la oligarquía por no ser una fuerza nacional y carecer de una representación legítima. Ante estas dos posturas, el PS (al que, si bien se le reconoce organicidad y doctrina, se le niega carácter nacional y se lo piensa como una secta política que obedece a postulados externos), se verá a sí mismo como el único partido pragmático y orgánico y rechazará todos los intentos de unir a la oposición, por considerar que los radicales siguen representando los intereses materiales de la oligarquía. Véase Persello. Óp. Cit. pp. 255- 257

aristocratizante, que pretende resolver el conflicto entre la democracia popular y el liberalismo conservador mediante el recurso corporativo y jerárquico; por otro lado, una reacción conservadora contra lo que se considera un ataque a las libertades individuales, sin por eso dejar de limitar la participación política del radicalismo. Como consecuencia de la democracia fraudulenta, Romero señalará el debilitamiento del sentimiento cívico que implicará tanto un retraimiento en la participación como la posibilidad de salidas totalitarias. En este sentido, el peronismo será leído, desde la tesis de la disponibilidad política de las masas, como un retorno del fascismo que mediante la manipulación discursiva pone al país en estado de defensa interior y convierte a gobernante en el conductor de una masa organizada como pueblo.

Junto a estos procesos, que se ubican dentro de lo que Romero denominaría el orden fáctico de la vida histórica argentina durante la era aluvial, se despliega toda una serie de representaciones en las que los sujetos históricos construyen una imagen de sí mismos, de la sociedad en su conjunto y de las relaciones que mantienen unos con otros. En un texto del mismo periodo de la aparición de *Las ideas políticas...*, “Elementos de la realidad espiritual argentina”²⁶, Romero abordará estas representaciones en términos de mentalidades. La hipótesis del texto es que la realidad espiritual argentina de mediados del siglo XX ha mutado respecto de la del XIX, según lo muestran las diferentes fuentes y documentos culturales (desde el folklore y el tango, hasta la literatura y el ensayo). Así, “están en el *Facundo*, que refleja a mediados del XIX toda nuestra realidad espiritual, solamente una parte de la realidad espiritual de nuestra Argentina y no la decisiva. Es pues necesario un nuevo planteo y un nuevo examen”²⁷ En el diagnóstico de su presente, vuelto sobre las circunstancias que (para utilizar una fórmula que le pertenece) configuran la historicidad de su pensamiento, Romero advierte una “realidad proteica”, una yuxtaposición de mentalidades, por momentos de difícil coherencia. Para comprender el sentido de ese presente será necesario desandar un derrotero que se remonta hasta la mentalidad criolla, se conecta con una posterior mentalidad universalista y que, como en el delta de un río, se bifurca y diversifica en los meandros de la mentalidad aluvial.

La primera distinción que cabe hacer es que tanto la mentalidad criolla como la mentalidad universalista se diferencian de la mentalidad aluvial por ser minoritarias. La mentalidad aluvial, por el contrario, se presenta como un fenómeno de masas que no reconoce los valores de las minorías con las que se enfrenta. Dado el origen social y las formas del avenimiento de los grupos que la sostienen, la mentalidad aluvial se caracteriza por un materialismo y una filosofía del éxito que prioriza el poder económico como medio de ascenso social. De carácter urbano, posee ideales de confort, refinamiento, lujo e intereses universales que dan un carácter híbrido de elementos criollos y extranjeros; pero es también el mismo

²⁶ Originariamente publicado en *Realidad* n ° 4, julio-agosto de 1947 incluido en *La experiencia argentina y otros ensayos*. Ed. Cit. Pp.134-144.

²⁷ Op. Cit. Pp. 135.

espacio masificado de las urbes el que la empuja hacia la despersonalización, al hacerla exaltar procesos de uniformización e indiscriminación individual.

Frente a ella, y aunque minoritarias, las mentalidades criolla y universalista parecen poseer un mayor enraizamiento. La primera instala la idea de que se consustancia con la nación misma. De carácter hispanizante, por momentos xenófoba, autoritaria e intolerante, posee un estilo y una fisonomía coherentes que le dan un firme arraigo en el paisaje. La mentalidad universalista por su parte, tiene un carácter ilustrado y puede asociarse con los procesos de modernización iniciados a finales del siglo XIX. A la hora de hacer un balance y pensar las relaciones de fuerza entre estas tres mentalidades, Romero rescata, en la mentalidad aluvial, tanto su empuje como su capacidad para imaginar y construir; por su parte, las mentalidades criolla y universalistas tenderían a estabilizar y orientar ese movimiento, la primera por sus elementos tradicionales, la segunda por su capacidad de organización y transformación.

Creemos que a partir de lo analizado al trabajar las categorías historiográficas de Romero, es posible pensar la noción de crisis como una referencia para articular los procesos que se desarrollan durante la era aluvial. Una de las características de los momentos críticos, tal como los ha presentado Romero, consiste en presentar la posibilidad de organizar la conciencia histórica, la oportuna apercepción de los procesos que devienen en ese presente desde el que se piensa y se escribe. En ese sentido, podríamos decir que la reflexión romeriana sobre la historia argentina es una expresión de esa conciencia que persigue la génesis y la forma de ese presente crítico. Ahora bien, si la noción de crisis permite iluminar la historicidad de un pensamiento, cabe preguntarse por los reflejos que esta proyecta no sólo sobre la posición de Romero, sino también sobre la de sus contemporáneos. A juzgar por la posición expresada por la línea editorial en el último número de *Imago Mundi*, el sentido decadentista de la noción de crisis, y a través de ella sus connotaciones axiológicas, parece continuar presente. Recordemos que trece años antes, en sus escritos historiográficos, Romero problematiza esta perspectiva por presentar una visión lineal de la historia que se focaliza en el pasado y suponer una visión organicista de la sociedad. Cabe entonces preguntarse hasta qué punto Romero logra separarse de aquella visión decadentista de la crisis, y si acaso esa persistencia como uno de los registros de su análisis no puede pensarse como una marca de su propia historicidad.

Si se focaliza en el capítulo final agregado a la segunda edición, la de 1956, tal vez pueda pensarse que la luz decadentista no desaparece por completo. En efecto, la aparición del peronismo como una forma de totalitarismo, puede llevar a un callejón sin salida los logros propios de la democracia popular. Esta mirada requiere, sin embargo, ampliarse para proyectar los sentidos atribuidos a la noción de crisis sobre otros momentos a lo largo de la era aluvial. En este sentido, no cabría hablar, en términos romerianos de una crisis general (sobre todos los planos de la estructura cultural), sino de una crisis particular en alguno de sus planos (el

político, el económico). De esta manera, la crisis ya no adquiere la forma de un desmoronamiento, sino la de una transformación, una mutación (más o menos profunda) al interior de una estructura compleja donde el *ethos* social busca un nuevo equilibrio articulando las creencias y visiones del mundo propias de cada una de los grupos que componen el conjunto. Durante la era aluvial, estas instancias pueden advertirse cada vez que un nuevo conglomerado social (los contingentes inmigratorios, las primeras generaciones de hijos de inmigrantes, los migrantes internos hacia las grandes ciudades, la consolidación de una clase media urbana) irrumpe en escena, portando todo un conjunto de prácticas y representaciones que se conforman en un contacto, intercambio e influencias recíprocas, con las de grupos ya establecidos (oligarquía terrateniente y comercial, sectores populares de origen criollo). Como hemos visto más arriba, dentro de la variada tipología de la crisis, puede hablarse de crisis de reelaboración, en ella, recordemos, el espíritu de facción se impone por encima de la solidaridad comunitaria y el disconformismo se expresa como una actitud valiosa y eficaz. Acaso sea esta la perspectiva más apropiada para abarcar la era aluvial en su conjunto.

A modo de conclusión: la política entre la teoría y la moral.

Comenzamos este trabajo señalando un posible derrotero para los sentidos de la noción de crisis cultural. Así, propusimos un arco que iba desde un sentido axiológico, que asociaba la palabra crisis con un juicio de valoración negativa sobre la coyuntura política y social, hasta una categoría técnica dentro la teoría historiográfica de José Luis Romero, que piensa la crisis como un momento de transformación y cambio al interior de un proceso histórico. Creemos que para la época de las producciones que estamos analizando, hacia mediado de los años cincuenta, también podría señalarse un sentido político para la noción de crisis. Como diagnóstico de época, la crisis cultural da lugar a la disputa política cuando los caminos que buscan resolverla no difieren cualitativamente. En efecto, tanto la propuesta de la planificación como la de la organización buscan una administración racional de las potencialidades de la sociedad de masas.

Como hemos visto, desde la perspectiva liberal la noción de organización se asocia con un tipo de dominación totalitaria en el que la figura carismática de un líder capta la voluntad de una multitud inexperta políticamente. Ahora bien, si conectamos la noción de planificación con la articulación entre las mentalidades que componen la era aluvial, puede advertirse que entre ellas se establece también una jerarquía en la que una minoría (la que comparte la mentalidad universalista) encauzaría el potencial transformador de la mentalidad aluvial. En esa tensión entre el líder y la elite, el discurso de las ciencias sociales, y en especial el de la historia, se presenta como un garante de la elección (y la decisión) política entre ambas alternativas al

presentar una interpretación coherente, empíricamente sólida y “científicamente aséptica” de los derroteros y la estructura de la realidad social argentina.